

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Antonio Reyes Huertas. Crítica de sus obras..	<i>Enrique Segura.</i>
Nuestros clásicos: Blanca Flor.....	<i>Bartolomé José Gallardo.</i>
Responso profano a Mateo Hernández.....	<i>Enrique Pérez Comendador.</i>
Ideario Extremeño	<i>Juan Pablo Forner.</i>
Oculto sentido	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
De Rivera a Picasso, pasando por Dos Bienales	<i>Carlos Callejo.</i>
Los Alamos del Río	<i>Jesús Delgado Valhondo.</i>
Medallón Extremeño	<i>Manuel Monterrey.</i>
Bagatelas: Los que se tiran al ruedo	<i>Francisco Belmonte.</i>
Misterio de mí	<i>Cástulo Carrasco.</i>
De otro tiempo: Una Feria de San Juan	<i>Eloy Soriano, Prbo.</i>
Elegía.....	<i>Eladia Montesino.</i>
Hacia una espiritualización del pueblo extremeño.....	
José María Valverde (Apunte para un retrato)..	<i>Enrique Ramírez y Ramírez.</i>
Poesía y conocimiento.....	<i>Juan Emilio Aragonés.</i>
La araña teje su tela	<i>Francisco Montes Bravo.</i>
Llamas de Capuchina	<i>Rafael González Castell.</i>
Unión Latina: Del mensaje de Guadalupe a la declaración de Río	<i>José Canal.</i>
«A solas con mi alma»	<i>Ricardo Becerro de Bengoa.</i>
Una novela inglesa	<i>J. Ramos Aparicio.</i>
Autobiografía.....	<i>Francisco Pitarque.</i>
Avisos	<i>Eugenio Payo.</i>
Estampa de viaje: Bordeando la Costa Vasca..	<i>«Prudens».</i>
«Tengo Fe ciega en Tu Misericordia»	<i>«Danhur».</i>
Amistad	<i>Vicente Sánchez Arjona.</i>
Andar y escribir: Tierra de Levante	<i>Adrián Canelada.</i>
Apuntes: Album arroyano	<i>Ricardo de Val.</i>
Crítica sin hiel	<i>«Amenofis».</i>
Tarde de oro	<i>Un Aprendiz de Hablista.</i>
En torno a Pedro Crespo: El más fino matiz de la tragedia	<i>Carmen Marquina.</i>
Acorde lírico (III)	<i>Fernando Pérez Marqués.</i>
Mirador: Crónica	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
VII Aniversario: D. Tomás Martín Gil.....	<i>Curio O'Xillo.</i>
Recensiones	<i>La Redacción.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera	<i>C. C. y Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Noticia de Revistas	<i>José de la Peña.</i>
Láminas.....	<i>C. R.</i>

«Contrabandistas portugueses», por D. Adelardo Covarsí, y fotos de Gudiol, Javier y Alvarez.



ALCANTARA



Año VIII

SEPTIEMBRE - OCTUBRE - NOVIEMBRE DE 1952

Núms. 59, 60 y 61

Antonio Reyes Huertas

CRITICA DE SUS OBRAS

1.—INTRODUCCION

SE fué otro amigo de la juventud. Una buenísima amistad la de Reyes Huertas con sus ausencias y silencios. Vivió tiempos en Badajoz, en Cáceres, y luego en Madrid... El año treinta y seis desató nudos familiares, restañó heridas profundas; el odio y las pasiones más sublimes o más miserables horadaron las entrañas del Hombre, como una tormenta o un tifón. Recuerdo un vendaval en Extremadura que desentrañó hasta el cielo miles de raíces de centenares de encinas sagradas, como una dislocación de la Naturaleza.

Desde entonces no volvimos a vernos hasta el día de su última fiesta apoteósica—ganada a pulso—en Campanario donde nos despedimos para siempre con un apretón de manos. Ahora, he vuelto a pensar toda su obra de escritor, a releer sus cariñosas dedicatorias al enviarnos sus primeras novelas y a recordar nuestros días juveniles en la ciudad, unidos por las suaves ligaduras de la Belleza. Le llevaba cinco años. Antonio Reyes Huertas nació el 7 de Noviembre de 1887 en Campanario, junto a los Campos del Ortiga, próximo a la Aldea de La Guarda.

Su paso por las aulas del Seminario de San Antón, le sirvió para adquirir materiales lingüísticos—el latín sobre todo—muy necesarios y para educarse en un ambiente religioso que constituye con el amor a Extremadura el fundamento incommovible de su estética y de su obra. Antes de cantar misa abandonó sus hábitos y, después, los estudios de Derecho que iniciara en Madrid, así llegó a Badajoz espoleado por sus aficiones al periodismo y, sobre todo, por la necesidad de escoger un camino seguro.

Aparece Reyes Huertas en la ciudad en momentos de ufánias espirituales. En el Café de la Estrella del Campo de San Juan, entre espejos y divanes de peluche rojo, un grupo de jóvenes, presa del

Modernismo, discutimos a voz en cuello la Sonatina de Rubén Darío, versos de Santos Chocano y de Villaespesa o la prosa cantarina de Valle Inclán, frente a las «Doloras» de Campoamor o las Odas frigoríficas de Núñez de Arce defendidas por los recalitrantes. Frente a nuestra convención lírica, de apóstrofes sublimes, chalaneaban tratantes y compradores con rebaños de ovejas o piaras de cerdos. Como siempre junto al alma alada y vaporosa el cuerpo nutritivo y miserable. El Ateneo abría sus puertas a todas las tendencias políticas e ideales más opuestos, en un ambiente de tolerancia y de serenidad admirables. Parece un sueño. Discusiones sociales, fiestas de arte, conciertos, juegos florales y exposiciones de pintura y escultura; año tras año, sucedíanse sin desmayos en medio de la curiosidad y entusiasmo de las gentes.

López Prudencio dirigía «El Noticiero Extremeño», diario de Empresa, con redactores, traductores, colaboradores y conferencias telegráficas y telefónicas que, por primera vez veíase con cierto asombro en la ciudad. Le siguió después de algunos años. «A. de Mirabal» periodista simpático digno de recordación. Reyes Huertas sucedió a Mirabal en el cargo directivo. El futuro novelista no daba paz a sus tareas. Compartía la obra diaria, agotadora, con ensueños amorosos reflejados en sus libros de poesía, entre ellos «Nostalgias» en colaboración con su fiel amigo el poeta Manuel Monterrey, cazador del tiempo y de «Mariposas azules» en los comienzos de este siglo.

Se apasiona más tarde Reyes Huertas, fuera ya de Badajoz, de la encantadora Elisa que luego será su más activa compañera, su esposa para fundar un nido cristiano y prolífico en el «caserón del Olivar» de la Serena. «Es entonces cuando Antonio Reyes Huertas se convierte—como dice Calderón en su interesante biografía—en «El Señor del Campo del Ortiga».

En 1918 empieza a dar a las letras y a la vida hijos de su espíritu y de su sangre. «Lo que está en el corazón» es la primera novela que lanza con éxito al mercado y a la crítica, iniciándose así su vida triunfal de novelista. Se hacen estrechas las bardas extremeñas, para contener las múltiples parcelas de su alma de artista, y, salta a entablar su lucha con la novelística española hasta conseguir el puesto que merece en nuestra generación literaria.

Creo que los asuntos campesinos y pueblerinos que dominan en sus novelas le perjudicaron a su fama de escritor, como le sucediera algo semejante a Pereda. La crítica cortesana se mostró descortés, muchas veces, ante los méritos literarios del nuevo escritor. En otro orden le sucedió lo mismo a Gabriel y Galán y Chamizo. En la pintura a Hermoso y Covarsi. «No han tenido Prensa», como si no se quisiera conocer y dar beligerancia en España al Arte de una región tan meritísima como Extremadura. Las naciones, como los pueblos, necesitan valedores.

No termina aquí sus actividades periodísticas. Después de un breve paréntesis virgiliano en su vida recoleta, dirige en Málaga el diario «La Defensa». Pronto regresa a su patria chica. Cáceres—con

su pétreo ciudad medieval y su moderno caserío, dormida y despierta a la vez—acoge al novelista y durante once años, tantos como sus hijos, lo veremos de director del diario «Extremadura».

Más tarde las colaboraciones en revistas y diarios de América y de España, se van sucediendo a medida que que su nombre de escritor alcanza más relieve y autoridad. Crecen los lectores con las obras y los años. Reyes Huertas está ya en la plenitud de sus facultades literarias. En «La sangre de la raza» culminaron sus dotes de gran novelista y con «La Colorina», después, obtiene un premio ofrecido a la mejor novela por «El Diario Español» de Buenos Aires.

En Madrid, en su cuarto de trabajo de la calle de la Madera, continúa con ardor sus quehaceres literarios. No abandona por ello a Extremadura donde pasa largas temporadas en su Campo del Ortiga, dedicado a su hacienda de buen labrador y a nutrir su espíritu de tipos, de sucesos y paisajes para describirlos en millares de páginas, sin duda las más brillantes de su pluma, y llenar de «Estampas» el área periodística de su nutrida colaboración.

Si hemos de perfilar someramente la personalidad literaria de nuestro amigo Reyes Huertas, ordenaremos en capítulos algunas de sus facetas de escritor: la novela, el cuento, las estampas, la poesía y su labor periodística.

2.—EL POETA

En la juventud de Reyes Huertas a su paso por la ciudad de Badajoz, frente a la poesía arquitectónica del maestro Núñez de Arce y la prosa rimada de don Ramón de Campoamor, tan popularizada, enseñórase el hondo lirismo de las «Rimas» becquerianas. Entre los jóvenes se inició el advenimiento de Rubén Darío con emotividades post-románticas, riqueza formal y ambas fundidas en una musicalidad de cadencias y ritmos orquestales.

Cuando el autor de «Las estampas campesinas» daba a la imprenta su primer libro de versos, «Ratos de ocio» (1905) publicaba Darío «Cantos de vida y esperanza». Así es posible que hallemos, todavía, influencias del nicaragüense parisino en el libro de Reyes Huertas. Sus poesías evocan más al contenido y métrica del cantor del Guijo de Granadilla, de Gabriel y Galán. Recordemos estos títulos de sus poesías con tal orientación poética: «La siembra», «La rogativa», «Mi mejor poema», etc. Al final de este tomo—rúbrica de nuestra afirmación—ofrece el poeta una poesía «galanista» hasta en el lenguaje, titulada «El señorito». Recuerdo que también tiene un cuentecito «Cuenta saldada» del mismo estilo.

«Tristeza», nuevo libro de poesías lo publicó en el 1908. Son lamentos o suspiros poéticos becquerianos, con alguna leve personalidad.

En el 1910 aparece «La nostalgia de los dos» en el que está más patente el contagio rubeniano y la poesía finisecular. Como siempre los jóvenes toman de sus maestros lo más blando y decadente, la nota sentimental, los apagados tonos crepusculares, las princesas

pálidas y las infantinas cubiertas de ligeras vestiduras, los parques abandonados y la falsa pedrería oriental. Recordemos su «Sonatina» y sobre todo «Delicada princesita»:

Delicada princesita
de la Corte de Estambul
tan graciosa y tan bonita
con aquella muñequita
que trajo el Príncipe Azul
descansa ya de jugar

.....
Era un alma jardinera
de un rosal
que nació en la primavera
del plantel de una quimera
pasional.

Y era el rosal la alegría
de aquel jardín de ilusión
y entre sus hojas había
un capullo que tenía
la forma de un corazón.

En este mismo tomo de versos hay algunos que cantan la bohemia callejera y llorosa cultivada por Emilio Carrere, así su composición: «Pasa, organillero». No se ha perdido tampoco la primitiva influencia del cantor del «Ama».

Varias de estas poesías las llevó al breviario «Nostalgias» (1910) unidas a otras del ilustre poeta pacense, mi viejo amigo Manuel Monterrey. Los dos obtuvieron con los poemas premios, en un certamen de la ciudad, y está dedicado el libro a la Excelentísima señora Marquesa de Matallana.

La labor poética de Reyes Huertas es una obra juvenil inspirada sin duda en los maestros cantores precedentes. Es indudable que de haber continuado la senda que emprendiera, tan imberbe, hubiese alcanzado una personalidad. Vertió en diversos metros las jugosas primicias de sus enamoramientos exteriorizando el mágico tesoro de su joven melancolía. Pero siempre, siempre, guardó en toda su obra un íntimo fondo de lirismo.

3.—EL PERIODISTA

Sus primeras armas templáronse en la dirección de una revista pacense «Exremadura Cristiana» que lanza por su cuenta y riesgo—el riesgo de no venderse—, como si adoptase ya el mote de su futura obra literaria.

Asciende poco después a dirigir «El Noticiero Extremeño» que

recordará con gracia al final de su vida: «¡Qué redacción, Dios Santo, y qué sueldos! Desde los quince duros del gacetillero hasta los cincuenta del director. ¡Y era un periódico «a la moderna»! ¡Y qué tertulias las que se formaban en aquella Redacción! Desde un gobernador civil que repetía constantemente la frase «¡La Prensa es el cuarto Poder!» hasta un señor canónigo que nos contaba chascarrillos eclesiásticos, desfilaron por aquella Redacción los tipos más pintorescos que he conocido en mi vida.

Como se publicaban en Badajoz otros diarios «menores», de tendencias políticas distintas, que luchaban en los cacicatos del municipio y de la provincia, surgían polémicas que Reyes Huertas defendía con diplomacia y tesón. Aquellos «artículos de fondo» del director solían ser de asuntos variados sobre temas generales, de intereses agrarios o simplemente de política local. Así dejó una labor oculta que sería preciso discriminar. Empleaba en estos menesteres cotidianos una prosa clara, sin arrequives, con su gracejo habitual. Cumplía con sus deberes no sólo corrigiendo informaciones y noticias, sino buscando amenidades literarias entre los poetas y escritores locales.

Después de un breve paréntesis en la dirección del diario «Defensa» de Málaga lo vemos aparecer en Cáceres. El año 1928 al cesar el primer director don Tomás Murillo, fundador del diario «Exremadura» en tiempo del famoso Obispo de Coria don Pedro Segura ya, entonces, Arzobispo de Burgos, acupó la dirección don Antonio Reyes Huertas. Propiedad de la Mitra, nadie más a propósito que él para llenar este puesto. «Era una bandera del periodismo católico—nos dice J. Dionisio Acedo, actual director—en cualquier momento de su vida pública profesional o privada».

Se instaló en el antiguo palacio del caserío encantado, con su esposa y su prole en medio de una vida humilde y familiar. La vivienda tenía la desolación de los viejos caserones, sin estrados, ni tapices, ni gruesas alfombras, ni asientos frailunos.

Durante dos lustros, tal vez, once años como dice él mismo, sus actividades literarias se limitaron a sus trabajos profesionales y a crear algunas de sus famosas «Estampas Campesinas» acaso superiores en valor literario a las novelas. No tenía este periódico, ni su director, desmedidas ambiciones. Su tamaño tampoco podía abarcar numerosos epígrafes; pero Reyes Huertas se esmeraba retocando prosas pueblerinas, celoso de la redacción de originales y telegramas. Publicaba comentarios en defensa de los principios básicos de la sociedad cristiana. Las campañas que sostuvo «con elegante tono ponderativo y constructor sobre asuntos municipales, valiéronle el respeto y el cariño de toda la opinión». ¡Cuántos recuerdos guardan las ciudades en estas páginas aligeras!

En los momentos dolorosos de la política nacional: la aparición de la República y después la lucha civil, cumplió Reyes Huertas con su cargo abrumador saliendo airoso en tan difícil cometido. Arturo Gazul, su fiel amigo, no dejó de colaborar con sus admirables trabajos literarios que Reyes Huertas situaba en lugar destacado de las

columnas de «Extremadura». Los vendedores callejeros para acrecer la venta, vociferaban por todos los rincones silenciosos de la ciudad — ¡Extremadura! ¡Con una crónica de Gazull! —.

No hubo solo flores en el jardín familiar de Reyes Huertas, animado el viejo palacio cacereño por su mujer Elisa y sus hijos. No debieron faltar estrecheces y preocupaciones. La muerte se llevó a uno de sus hijos de dieciocho años. Y en el 1938, acaso por motivos de enfermedad, como suponen algunos, u otras razones que el silencio sumiso del novelista no quiso revelar, causáronle contrariedades e infinito dolor.

Su paso por la Prensa le sirvió para observar y aguzar sus dotes literarias — ¡admirable mirador de vanidades humanas! — con el estudio de la psicología bípeda tan deleznable que llevará, luego, a sus «Estampas», cuentos y novelas.

Los años de periodismo en general dejáronle un mal sabor de espíritu que confesará más tarde en la intimidad a un buen amigo.

4.—EL NOVELISTA

Reyes Huertas ocupa un lugar señero en la novela costumbrista actual. Su ideología respecto a este género literario, coincide con el de su iniciadora «Fernán Caballero» para quien la novela tenía que ser un ensayo sobre la vida entrañable del pueblo español. Dar a conocer su lenguaje, creencias, cuentos y tradiciones era su verdadera misión. Este mismo es el propósito o, al menos, una de las intenciones de Reyes Huertas al escribir sus novelas, aunque el autor de «La sangre de la raza», ya encauzado en la corriente narrativa regionalista, se limite a desarrollar esa misma temática, pero refiriéndose al pueblo extremeño. Es el cantor enamorado del habla, de las costumbres y de las tradiciones de su tierra.

Tenía Reyes Huertas un extenso camino en la línea de la novela regionalista que cultivó con insistencia. Le preocupaban los problemas que acompañaron siempre a este género literario planteados por la crítica, como en el caso de don José María Pereda. Eran los de más importancia: dilucidar si el carácter universal de la novela es antagónico a la limitación del regionalismo; precisar la relación entre el paisaje o elementos descriptivos y la acción hasta llegar a definir con exactitud el concepto de novela.

«Fernán Caballero» afirmaba que la novela costumbrista tiene por objeto ilustrar la opinión por medio de la verdad, sobre lo que se trata de pintar sin extraviarla exageradamente. Concepto parecido al de Reyes Huertas, cuando afirma la fuerza de verdad que debe existir en toda novela.

El problema de la universidad y el regionalismo en la novela él mismo lo expone como parte de su ideología: «yo opino — dice R. Huertas — que la novela no cobra su ejemplaridad o su universalidad por el escenario en que se desarrolla, sino porque la acción de los caracteres humanos la hagan sentir como propia a los lectores de acá y de allá. ¿Qué tiene que ver el localismo exterior con la pasión

o la humanidad de los personajes? No creo que haya novela más localista que «El Quijote», y sin embargo, es la novela más universal del mundo». Y argumenta también así, al preocuparse de la acción de la novela: «¿Y por qué ha de ser más universal una acción situada en Madrid que en el más oscuro rincón de España?». La fórmula, para Reyes Huertas, consiste en hacer verídicos y humanos a los personajes.

La relación que tiene que existir entre el paisaje y la acción Reyes Huertas la expone con toda claridad: «Creo — dice — que una serie de cuadros indepedientes forma una colección de estampas. Pero que una acción que da conjunto y armonía a estas estampas y las une en el mismo servicio de dar ambiente y escenario a esta acción, es una novela». La acción, pues, es la que para R. Huertas da a una forma narrativa su cualidad de novela: después habrá que sopesar la cantidad de paisaje o de elementos descriptivos para envolver esa acción.

Con arreglo a este criterio en la novelística de R. Huertas hay que señalar dos etapas: parte la primera de «Los humildes senderos» y llega hasta «Mirta» que puede servir de eslabón con la etapa posterior aunque esté escrita cronológicamente después de «Luces de cristal» y «Lo que la arena grabó».

En esta primera serie podemos precisar estas características: el marco paisajista y pueblerino constituye el fondo principal. En ellas el paisaje se sobrepone a la acción que es sencilla y casi siempre trata de las dificultades amorosas de dos jóvenes de la misma clase social pueblerina, acaudalada. Aquí las estampas son más profusas y el hilo tenue de la acción las une. A tal grupo pertenecen «Los humildes senderos», «Lo que está en el corazón», «La ciénaga», (no diferente a las demás, como se ha venido afirmando, sino de más contenido político) «Blasón de almas», «Agua de turbión», y su segunda parte «Fuente serena» y especialmente la mejor de este ramo «La sangre de la raza». En todas ellas, con ligeros matices, es el campo extremeño limitado por los castillos de Magacela, Medellín, Almorchón, Puebla de Alcocer y Montánchez, zona salpicada de pueblos, Villanueva, La Haba, Don Benito, Orellana, *Campanario*, La Coronada, Quintana, Castuera y otras humildes aldeas como Alcores del Prior, Torrealta, El Encinar, con dilatadas dehesas, abundantes mieses, tupidos encinares y olivos centenarios.

Si recordamos quizás su mejor novela de este grupo, «La sangre de la raza», vemos cómo en el paisaje de Torrealta y El Encinar se diluye un estudio profundo de la psicología de diversos tipos humanos del agro regional. Encontramos asimismo los ecos más puros del habla popular extremeña y sobre todo a lo largo de sus capítulos, la acción de unos amores de señoritos de pueblo va hilvanando las estampas más típicas y pintorescas de las costumbres de esta región: la matanza desde el arrastre de los cerdos a la salida de las zahurdas, hasta el suculento artesonado del embutido. Otra vez nos describirá la fiesta de la Candelaria en el pueblo de Torrealta con bailes de mozas en las calles, cantos de romances, riñas de gallos.

el correr de las cintas y el baile del señorío en el casino. Más allá surge la montería en la mancha prieta de charnecas, lentiscos, romero y madroñeras que troncha el colmillo del jabalí azulado por la jauría o parecen nadar airosos ciervos. No puede faltar la romería del Domingo de Resurrección al Santuario de la Virgen de Piedra Santa, de maravillosas descripciones. En estas novelas aparecen otros cuadritos para formar un conjunto que nos descubre con intensidad la psicología más íntima del pueblo extremeño.

«Mirta» es el punto de unión de las dos cadenas novelísticas. Según su autor es la dramática de todas, entendiéndose por dramatismo la mayor fuerza del conflicto moral que se plantea. «Mirta» inicia como una leve transición en donde el conflicto accional trata de equilibrarse con el paisaje o elementos descriptivos. En la segunda fase aparece ya un dominio de la acción y una mayor fantasía. Los escenarios se hacen más urbanos, más cultos. Se emplean otros medios donde desarrollar la acción y aumenta y se complica la psicología de los personajes dándoles más carácter de modernidad. Pertenecen a este grupo «Luces de cristal» en donde el protagonista es gallego y ambos nobles: Pablito Montiel, conde de Langoa y Ernestina, la duquesita de Anzules. Se desenvuelve el conflicto en el Monasterio de Guadalupe. Otras novelas de este período son «Lo que la arena grabó», «Mamá divorciada», etc. etc.

«La canción de la aldea» última novela publicada en homenaje a su autor es un retorno lleno de nostalgias de despedida a la primera forma, cuyo mayor éxito,—según dijimos—fué «La sangre de la raza».

5.—EL CUENTO

Se aproxima el «Cuento» a la «Estampa», por su brevedad. Los «cuentos» de Reyes Huertas, a pesar de que los sucesos que narra son en el fondo parecidos al de las novelas, tienen más intensidad en su desarrollo. Apenas se observa el más leve artificio, ni se empañan por la monotonía de sus descripciones o diálogos, ni se estira su acción, como la goma. Es el disparo certero. Inquietud, rapidez, y hasta elegancia en las pinceladas, recuerdan algo a los cuadros impresionistas de *Manet* o de *Gauguin*. Están pintados del natural, sin esas luces preparadas con telones en el estudio, y, así, la emoción del momento seduce desde que empieza. La palabra se hace más jugosa y expresiva. El cuento lo resuelve Reyes Huertas pronto, en pocas sesiones, sin esperar a esas altas y bajas en la inspiración que desmayan los trabajos más extensos. A otros novelistas les sucedió cosa parecida: a «Clarín», a Pereda, a la Pardo Bazán. De tales escritores gustan más los cuentos que las novelas largas.

Escogeremos uno de los cuentos más amenos. «Como en el amor». Lo escribió en 1927. Perteneció, pues, a su primera época. Por su limitada extensión y su sintetismo no llega a novela corta. Presenta los personajes en rápidos toques y la acción va hacia el final sin rodeos ni meandros. Es el eterno tema amoroso de una pa-

reja de familia acomodada, que funda un hogar de bostezos en su casa de campo. Es el tedio del joven matrimonio, sin hijos. La voracidad donjuanesca del señorito de pueblo le lleva a cortejar a la molinera. La conquista nocturna con la intervención celestinesca de la Tía Catanla no llega a consumarse y el honor de la molinera queda virgen, como el de Melibea. La prosa es sencillamente magistral y luminosa. Sobresale como en toda su obra la visión del campo extremeño y el triunfo de la moral cristiana, que el novelista, desde su infancia, lleva en lo más íntimo de su alma. La noche del asalto al molino, el novio de la molinera, Juan Antonio, mata a su rival. Antes de expirar, ya en su lecho hogareño, oye de labios de su esposa ofendida, la feliz noticia de hallarse encinta.

«Cuenta saldada» es otra narración breve. Perteneció al folk-lore regional—Reyes Huertas fué amigo de Isabel Gallardo—y se desenvuelve en el ambiente placentino, donde los bautizos se celebran con atuendo extremeño. Al recién nacido, fruto anticipado de unos novios del pueblo, la deposita la madre en un portal de Plasencia cuya humilde familia lo saca adelante. Juanón, el padre, mira absorto el paso del bateo, y, al enterarse que es su hijo el neófito se abraza a él para casarse después con su novia Gertrudis. Está escrito en lenguaje de la Alta Extremadura como las poesías de Gabriel y Galán.

6.—ESTAMPAS CAMPESINAS

De todas las creaciones literarias de Reyes Huertas, nos parece su valiosísima colección de Estampas la más lograda. Tienen la sencilla naturalidad de toda obra conseguida. Reyes Huertas definió la «Estampa» como «actualidad periodística escenificada en los medios campesinos». Es cierto que muchas de ellas las empleaba como expresión de sucesos cotidianos, en relación con el cambio de hábitos y evoluciones de la moral social, ya ciudadanos o rurales. Las consideraba más eficaces por su amenidad. Lo hemos repetido, Reyes Huertas, en el fondo, era un gran moralista como todo espíritu religioso.

Aquella definición suya, no es completa. La inclusión del tema costumbrista en la obra literaria es tan antigua como la literatura. El cuadro de costumbres puede definirse como una narración breve, casi todas en prosa, donde se dibuja algún tipo, institución, suceso o moda con pequeña trama y fin moralizador o de entretenimiento; alcanza su apogeo a partir del primer tercio del siglo XIX. Ya en el XVII hallamos antecedentes más claros donde se funden elementos satíricos y picarescos. Montesinos en su trabajo sobre Gracián o la picaresca pura habla de la evaporación de los contenidos novelescos al calor de preocupaciones morales y costumbristas. En esta misma línea inicial del costumbrismo, podríamos citar «Los sueños» de Quevedo y también la novela cortesana de Salas Barbadillo, Castillo Solórzano y doña María de Zayas.

El punto de unión entre este costumbrismo hispánico y originario con el cuadro de costumbres posterior, más cosmopolita, casi

parisino, pues Francia es el eje europeo entonces, se encuentra en Liñán, Zabaleta y Francisco Santos. Es cierto también que en la difusión del cuadro de costumbres, influyó notablemente la prensa periodística. Son los tres grandes periodistas de este momento Mesonero Romanos, Estébanez Calderón y Mariano José de Larra.

«Las estampas campesinas» de Reyes Huertas con este adjetivo quedan limitadas y se reducen más estrictamente al campo extremeño. Ascenden a varios miles, diseminadas por diarios y revistas de España y de América que después de una selección necesaria quedarían los más preciados tomos de sus «Obras completas» que Extremadura tiene el deber imperioso de publicar. Las mejores fueron sin duda las que aparecieron en la «Gaceta del Norte» diario de Bilbao donde se le consideraba mucho. En ningún otro periódico escribió tan a gusto.

Es difícil concentrar en brevísimas páginas personajes, acción, diálogo y descripciones y expresar con todos estos elementos el espectáculo o el suceso con una rapidez impresionante. Tienen las «estampas» de Reyes Huertas una unidad de folk-lorismo. Pertenecen a los seres de la gleba extremeña en su salsa terrina y evocan con una variada policromía de matices rústicos acordados al paisaje, y envueltos en una serenidad armoniosa entre el alma y la Naturaleza hasta conseguir unos finales de malicia y socarronería, unos finales de pan y miel. Es la aldea, la casita del labrador, el chozo; es la huerta, la humilde senara, el escenario donde se mueven y viven los personajes con íntima naturalidad. Es, repetimos, el pilar más firme de la copiosa obra de Antonio Reyes Huertas.

* * *

Hubiésemos deseado extendernos más. Entre otras cosas falta por estudiar su epistolario. Nos agradecería tener muchas más cartas que las facilitadas por el poeta Monterrey. Falta un trabajo biográfico extenso. Falta recoger los juicios críticos tan ponderados y valiosísimos de toda España y especialmente los de la región, como los de López Prudencio, Pedro Romero Mendoza, Marcos Suárez Murillo, Arturo Gazul, Antonio Manzano Gárías y otros muchos. Se necesita un estudio de amplios vuelos acerca de la obra del escritor de Campanario don Antonio Reyes Huertas, poeta, periodista, cuentista, novelista y creador de «Estampas campesinas» que honra a España, a Extremadura y a su autor.

ENRIQUE SEGURA



NUESTROS ARTISTAS: «Contrabandistas portugueses», por Adelardo Covarsi